

en que empieza á vivir y la época comun en que naturalmente, sin enfermedad, sin accidente, experimenta la dificultad de existir?» El rigor lógico obliga al filósofo á responder afirmativamente; si no desconoce los límites de nuestra naturaleza, al ménos no los tiene muy en cuenta.

Hay otro punto que se refiere tambien á la organizacion física, y sobre el cual debemos igualmente hacer algunas reservas. Condorcet cree que las facultades del cuerpo, la fuerza, la destreza, la perspicacia de los sentidos pueden transmitirse, y hace extensivas estas esperanzas á las facultades intelectuales y morales, lo cual abre un campo ilimitado á la perfectibilidad humana. El problema suscitado por Condorcet corresponde á la esfera de la fe más bien que á la de los hechos. Sería difícil probar que el hombre nace hoy con más inteligencia, con más amor, ó si se quiere, dotado de facultades más poderosas que los que han vivido en esta tierra ántes que nosotros. Pero, suponiendo que el hecho sea cierto, falta explicar su causa. Ahora bien, parécenos evidente que el principio del perfeccionamiento individual no puede ser más que el trabajo del individuo; si el acaso de su nacimiento determina sus facultades, y por consiguiente toda su existencia, entónces la individualidad humana desaparece, y con ella todo se derrumba; ya no somos más que máquinas. Si, pues, el hombre al nacer trae el germen de un desenvolvimiento intelectual y moral, debemos buscar la causa en él mismo y no en sus padres. Esto nos lleva á la creencia de una vida preexistente y de renacimientos sucesivos. Cuestion de fe que hemos tocado ya y sobre la cual insistiremos.

Condorcet no tiene el genio histórico de Turgot. La superioridad incontestable que ostenta en el terreno de la teoría la pierde enteramente cuando se trata de seguir los progresos del espíritu humano en la historia. En cierto sentido tiene razon al declararse contra la estupidez humana que por toda razon se contenta con este argumento de necios: *Esto se ha hecho siempre; esto no se ha hecho nunca*. Pero hay un escollo en la tendencia contraria, y es que fácilmente se desprecia el pasado, se le falsea, se le calumnia, cuando no responde á nuestras ardientes aspiraciones. Condorcet no juzga el pasado monárquico y religioso, lo condena. A sus ojos el poder real hereditario es el origen primero de la esclavitud, bajo la cual ha gemido casi siempre la universalidad del género humano; califica al sistema de sucesion de *demencia hereditaria* (1). El filósofo siente hácia la Edad Media todo el rencor de los hombres de 1789 llamados á destruir sus últimos vestigios: «Ensueños teológicos, imposturas supersticiosas, son el único genio de los hombres; la intolerancia religiosa su única moral, y la Europa, comprimida entre la tiranía sacerdotal y el despotismo militar, espera bañada en sangre y lágrimas el momento en que nuevas luces le permitan renacer á la libertad, á la humanidad y á las virtudes.» Con esto se concibe cuál debia ser la antipatía de Condorcet hácia el pontificado; no ve en los papas más que tiranos y bribones «que subyugan la ignorante credulidad de los pueblos con actos groseramente forjados; su único móvil es la avaricia y el orgullo; su fin, la dominacion, y para conseguirlo no retroceden ante ningun crimen; ordenan en nombre de Dios la traicion y el perjurio, el asesinato y el parricidio.»

Condorcet, libre pensador y hombre de lucha, no podia hacer justicia al catolicismo. Hoy nos es mucho más fácil ser imparciales. A pesar del aparato de reaccion religiosa que se ostenta á nuestra vista, el catolicismo ha muerto, y no ha de resucitar con los milagros de la Saleta, ni con las bulas sobre la inmaculada concepcion. Tratándose de un enemigo vencido, debemos cuidar de no incurrir en el exceso contrario, el de una indulgencia igualmente errónea y que produciria consecuencias más funestas que la severidad excesiva de Condorcet; porque los reaccionarios se apoyan en ella para robustecer las supersticiones que encadenan al espíritu humano, al paso que los filósofos franceses lo emancipan. Entre estos libertadores de la humanidad, Condorcet ocupará siempre uno de los primeros puestos.

N.º 5.—La idea del progreso en Inglaterra.

Los enemigos del libre pensamiento suelen presentar la filosofía del siglo XVIII como una enfermedad particular de la Francia. Si

(1) Obras de CONDORCET, t. VI, p. 370, 364.

era enfermedad, preciso es confesar que era general. Esto es incontestable respecto de la doctrina de la perfectibilidad. Se la encuentra en Inglaterra y en Alemania lo mismo que en Francia. Los dos Bacones se distinguen entre los partidarios del progreso hasta tal punto que se les atribuye una iniciativa, que en realidad no les corresponde. Los ingleses no tienen espíritu filosófico, carecen por completo de ese genio entusiasta que caracteriza á sus vecinos del otro lado de la Mancha. Tienen un gran respeto á los hechos, demasiado grande, porque elevan con facilidad los hechos á la altura de una teoría. Fundándose en la historia mal observada, Macaulay ha negado en nuestros días el progreso religioso. En el siglo XVIII el principio del progreso fué admitido como un hecho por el más grande historiador de Inglaterra.

Gibbon entraba por la naturaleza misma de su asunto á examinar la cuestión del progreso. Describe magistralmente la decadencia del imperio romano y la continúa hasta el siglo XV. Comparando la civilización antigua, tal como florecía aún en tiempo de los Antoninos, con la época de las tinieblas que siguió á la invasión de los Bárbaros, el historiador inglés se pregunta si está expuesta al mismo peligro la moderna civilización. Escuchemos su respuesta: «La experiencia de cuatro mil años debe disminuir nuestros temores y sostener nuestras esperanzas. No nos es permitido fijar el grado de perfección á que puede llegar el género humano; pero podemos presumir razonablemente que, á ménos de una revolución general que trastorne la superficie del globo, ninguno de los pueblos que lo habitan volverá á caer en la barbarie original.» En efecto, la historia demuestra que «desde el principio del mundo cada siglo ha visto aumentar las riquezas reales, la felicidad, la inteligencia, y acaso las virtudes de la raza humana.» Este acaso dice mucho en boca del escéptico Gibbon; si no es más afirmativo, es porque el progreso moral es, de todas las fases de la perfectibilidad, la más difícil de hacer notar. Pero la respuesta de Gibbon no es completa; no explica el largo período de decadencia que acompaña á la caída del imperio romano; se contenta con decir que no tenemos que temer una nueva invasión de pueblos bárbaros, que más bien debemos esperar que la cultura europea se extienda por toda la tierra. Esta explicación implica que

ha habido una larga decadencia á partir de la inmigración de los pueblos del Norte, lo cual sería un testimonio contra la continuidad del progreso admitida por los filósofos franceses. En realidad, el progreso es patente en la Edad Media para el que examina los hechos sin preocupación. Si nuestra civilización es superior á la antigüedad, ¿á qué causas debemos esta superioridad? ¿No es á los dos elementos que dominan durante la Edad Media, el cristianismo y los Bárbaros? La cultura intelectual decayó bajo ciertos puntos de vista, porque los instrumentos de la literatura moderna, las lenguas, no estaban aún formados. Pero esto no prueba que el progreso no sea continuo. Sino que á veces se necesitan siglos para preparar un nuevo descubrimiento; éstas son las épocas de decadencia aparente que más bien deberían llamarse épocas de transformación; ahora bien, el momento en que se está preparando lentamente un gran progreso, ¿no corresponde ya al porvenir afortunado que ve su realización? Es ya por consiguiente un progreso, por miserable que sea la condición de esos tiempos en que muere una civilización antigua, sin que todavía haya dado frutos la civilización que ha de reemplazarla.

Habia en el siglo XVIII un escritor muy célebre en su tiempo, y cuyo nombre hoy apenas es conocido sino por los eruditos. Teólogo, historiador, filósofo, químico, Priestley parece pertenecer á esa dinastía de espíritus poderosos que abarcan toda la ciencia. Pero á medida que la ciencia avanza y se extiende, va siendo imposible que un solo hombre cultive todas sus ramas; la universalidad se convierte por consiguiente en un principio de debilidad. Esto sucede con Priestley. Sería hacerle mucho favor concederle un lugar entre los grandes genios que han sostenido en el siglo pasado la causa del progreso. Si hacemos mención de él, es porque su testimonio prueba que la idea del progreso había llegado á ser común á todos los pensadores, aún á las medianías. Priestley es más aventurado que Gibbon, admite una perfectibilidad universal, sin excluir el progreso moral. Si su genio hubiera estado á la altura de sus instintos, hubiera podido realizar el plan de Turgot, porque ha escrito un *Curso de historia*. Pero sería inútil buscar en él las leyes que rigen la marcha progresiva de las sociedades y de los individuos. Esto consiste en que Priestley no ha hecho más que

un estudio superficial de la historia; así es que en sus discursos no se encuentran más que las ideas vulgares que se adquirirían sin más que respirar el aire del siglo XVIII. Lo que principalmente le ocupa es el progreso social. Pero se engaña singularmente acerca del porvenir de la humanidad. El unitario inglés es el precursor de aquellos cristianos evangélicos á quienes hemos visto celebrar congresos para fundar la paz perpétua, como si la paz pudiese ser el resultado de algunas reuniones en que unos cuantos guerreros se estrechan la mano y pronuncian un brándis por la abolición de la guerra. Priestley no duda de que la guerra desaparecerá, y se dedica ya á describir la felicidad que traerá á la especie humana una era pacífica. Estos sueños no valen ciertamente la pena de detenerse en ellos. Pasemos á otros genios más elevados.

N.º 6. — *La idea del progreso en Alemania.*

I. — *Lessing.*

Cuando Voltaire iba á ver á su amigo Federico, no estaba muy convencido de que la lengua que oía hablar á sus postillones fuese un lenguaje humano. Un abate francés, todavía más impertinente, trató en serio la cuestión de saber si un alemán podía tener talento. Sin duda los escritores católicos beben en estas fuentes su ciencia de la literatura alemana, á juzgar por la apreciación que hace de Lessing el autor de un libro sobre el progreso (1). Según él, el tratado de la *Educación del género humano* es una producción tan mediana por el fondo como por la forma; se atreve á acusar á Lessing «de un triple ataque al buen sentido, al texto bíblico y á la historia»; poco falta para que lo califique de plagario, ¿y plagario de quién? de Postel, que ya en el siglo XVI consideraba el mosaísmo y el cristianismo como una educación de la humanidad, y del abate Joaquin, que ya en la Edad Media soñaba con un nuevo Evangelio, el Evangelio eterno, sueño que Lessing creyó

(1) THONISSEN, *Consideraciones sobre la teoría del progreso indefinido.*

oportuno renovar. ¡Qué ligereza de espíritu, y qué increíble ignorancia! ¿Ignoran los católicos que la idea de una educación aplicada á la ley de Moisés no data de Postel, sino de San Pablo? ¿Se confunde en serio la doctrina de Lessing, que implica la negación de una revelación milagrosa, con los ensueños de la Edad Media, que suponen todos una revelación sobrenatural? ¿Qué dirémos del desden que se afecta hácia un escritor que ocupa el primer lugar en la literatura de Alemania? Opongamos á estos juicios temerarios el de un publicista alemán que disfruta de mucha más autoridad (1): «*La Educación del género humano* es el fruto más maduro y más noble del génio de Lessing. Hoy hay pocos hombres ilustrados en nuestra patria que no le deban su iniciación en la vida intelectual. La idea de una educación de la humanidad había sido enunciada ya, pero solamente en manos de Lessing llegó á ser una verdad evidente como la luz del sol.» Otro escritor que tiene también alguna autoridad, cuando se trata de apreciar el fondo y la forma de una obra literaria, dice que Lessing es el San Juan de la religión del progreso, cuyo Mesías estamos esperando todavía (2). Vamos á nuestra vez á hacer la exposición y la crítica de la doctrina de Lessing. Si nos atrevemos á criticarle, es porque, en virtud de la misma perfectibilidad, nos es dado hoy ver los defectos de las grandes obras de lo pasado, pero al ménos emplearemos el lenguaje del respeto y de la veneración.

«Lo que la educación es para el individuo, dice Lessing, lo es la revelación para el género humano. Así como la educación es sucesiva y progresiva, así también la revelación tiene lugar de una manera sucesiva y progresiva.» ¿Qué es esa revelación de que habla Lessing? ¿Es la revelación milagrosa del cristianismo tradicional? Para los que conocen á Lessing, la pregunta es ociosa. La comparación sola que establece entre la revelación y la educación prueba que en su pensamiento no cabe hablar de milagro. Dice, en efecto, que la educación es una revelación particular, individual. Ahora bien: ¿es el padre ó el maestro un revelador como

(1) BLUNTSCHLI, *Staatswörterbuch*, t. VI, p. 428.

(2) HEINE, *De la Alemania.*